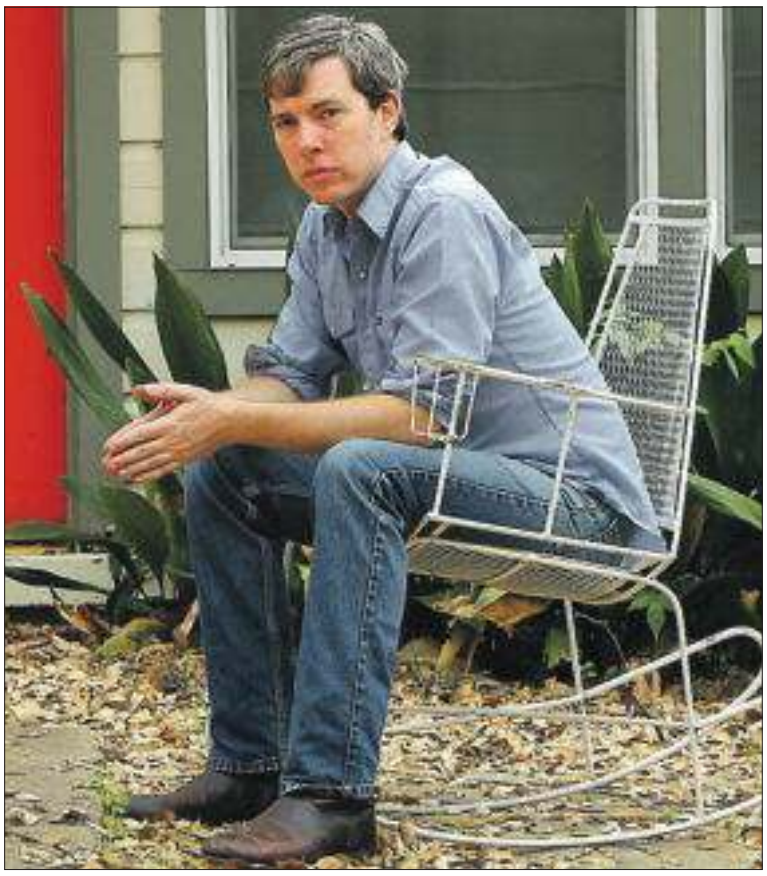
cultura



Bill Callahan, en su casa de Austin (Texas). / RICH SCHLEGEL (CORDON)

Canciones para el hundimiento

"Me interesa trabajar con la idea de un país en decadencia", afirma Bill Callahan, que publica nuevo disco y una novela

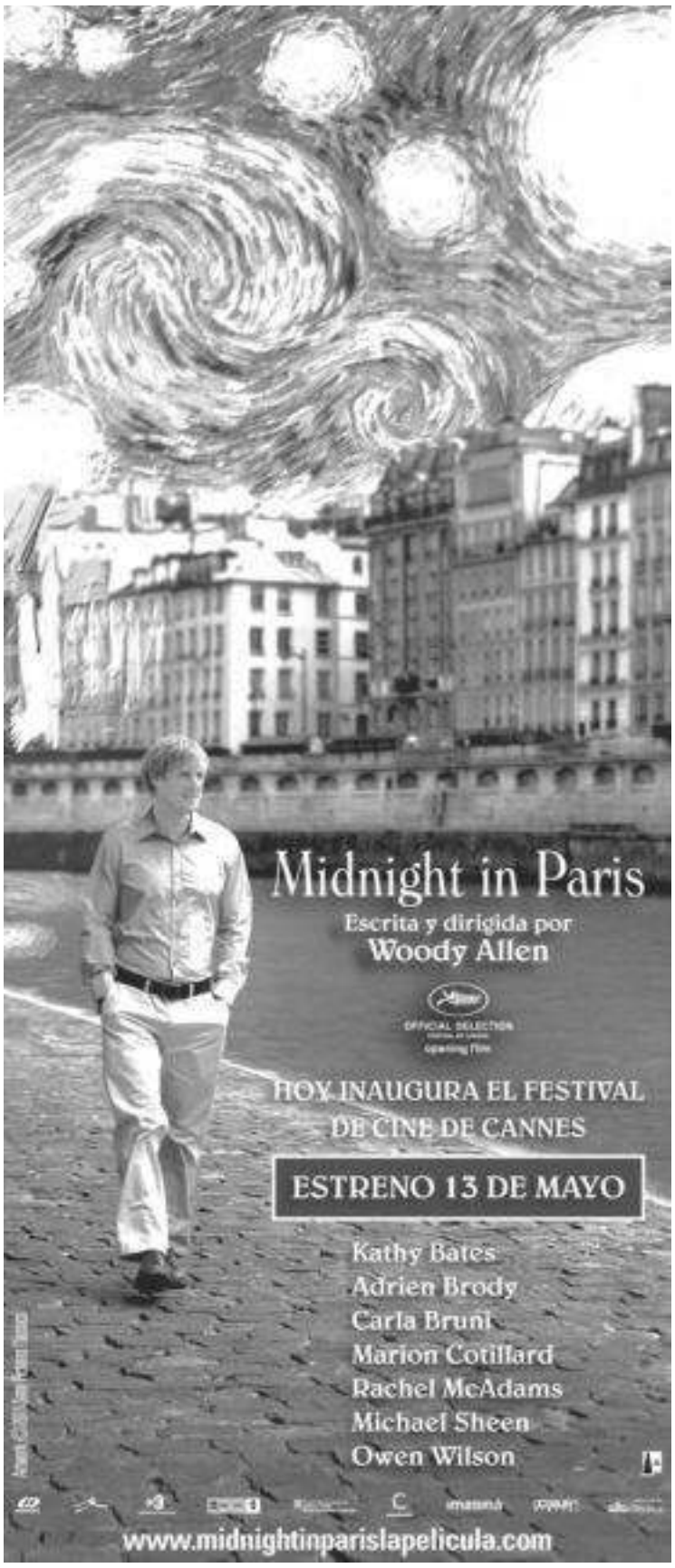
XAVI SANCHO
Barcelona

"Este va a ser mi último disco. Está claro, ¿no?". Bill Callahan ensaya un conato de chanza al respecto del título de su nuevo álbum, *Apocalypse* (Apocalipsis). Pero su tono es tan serio que incluso el hombre más airado del *folk* siente la necesidad de justificarse. "Es broma". ¿Es la primera vez en su vida que dice 'es broma'? "Podría ser", interviene circunspecto uno de los personajes más opacos, áridos e interesantes de la música norteamericana de las tres últimas décadas. Desde su rancho a las afueras de Austin (Tejas), Callahan responde con la misma displicencia preguntas sobre su legado musical, su posicionamiento vital actual, su aventura literaria e incluso su nuevo álbum: "Pocos músicos encontrarás que amen tanto el silencio como yo. Lo adoro en la música y, sobre todo, en las entrevistas".*Apocalypse* es su tercer disco desde que abandonara el alias de Smog, proyecto personal que le dio una vida extra al *folk,* gracias a sumar a una personalidad apabullante una aproximación mucho más acorde con la vanguardia que con la tradición. Tras el sorprendente éxito de su anterior propuesta (*Sometimes I wish I were an eagle*), *Apocalypse* refleja su displicencia ante una realidad de la que parece formar parte de manera accidental.

Grabado en directo, el disco ofrece el arrastrado y atonal fraseo de Callahan sobre una producción espartana que solo se permite algún flirteo con el jazz o el *soul.* Lo presentará en directo en San Sebastián, Barcelona y Madrid los próximos 21, 22 y 23. Durante los bolos, se podrá adquirir la traducción de su novela epistolar, *Cartas a Emma Bowlcat*, que editará Alpha Decay y que, desafortunadamente, no contiene misivas reales enviadas a Joanna Newsom o Chan Marshall, *pin ups underground* y ex parejas de este imposible seductor.

A pesar de rehuir el enfrentamiento directo con su propia obra no puede escaquearse de comentar un tema del disco, *America!,* en el que visualiza su tierra natal mediante referencias a Johnny Cash o David Letterman. "Soy consciente de que últimamente no le caemos demasiado bien al mundo. A pesar de eso, seguimos siendo una potencial cultural, con nuestras estúpidas películas de Hollywood y todo eso. El problema es que no hemos asumido que estamos a punto de dejar de ser potencia económica. Me interesa la idea de empezar a trabajar con el tema de un país en decadencia".

Callahan se dio a conocer a finales de los ochenta con una serie de cintas de casete experimentales que le granjearían el favor de la escena más alternativa y, finalmente, un contrato discográfico. Lo que entonces era trayecto hoy parece convertirse en destino. La baja fidelidad y los formatos de reproducción supuestamente superados son ahora parte de una tendencia con visos de realidad ineludible, mientras que en aquella época, dice el músico, "se hacía lo que se podía".



ÍDOLOS DE LA CUEVA

Cabreo en el museo

MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO

Los británicos, tan aficionados a acuñar rápidamente un nombre para cualquier nueva situación lo llaman *gallery rage,* que podría traducirse como "furia museística". Seguro que lo conocen: se trata de un trastorno que afecta a los asistentes a las exposiciones que programan los grandes museos, y que se caracteriza por el intenso disgusto que experimentan al constatar que su visita se ve radicalmente entorpecida por el elevado número de personas que se agolpa en las salas. Últimamente lo he padecido con motivo de las exposiciones de Rubens (Prado), Claude Monet (Grand Palais) y Gauguin: *maker of myth* (Tate Modern). A la primera, y por cercanía, pude acudir dos o tres veces, lo que me permitió hacerme una idea. En las dos últimas, y pese a haber adquirido la entrada con antelación y tener hora asignada, lo único que pude hacer, mientras forzaba las cervicales intentando hacerme un hueco, fue constatar que mi umbral de tolerancia a la frustración se desploma con los años.

Hace ya tiempo que la muchedumbre, aquel fenómeno de la modernidad diseccionado por Ortega con indisimulada aprensión elitista, ha llegado a los museos. Entre nosotros el hambre colectiva de arte se manifestó espectacularmente a partir de los ochenta, coincidiendo con el celebrado himeneo de los primeros Gobiernos socialistas con la alta cultura: fue la época en que, al tiempo que los intelectuales se reconciliaban con el fútbol y el pueblo accedía masivamente a los museos (estimulado por la incorporación del país al circuito internacional de grandes exposiciones), nuestra burguesía patricia descubría simultáneamente la *haute cuisine,* la ópera y la "nueva narrativa". Recuerdo, entre otros hitos significativos de la voracidad artística, la antológica de Dalí (1983) organizada al alimón (hoy sería difícil) por el Ministerio de Cultura (Solana) y por la Generalitat (Pujol), la exposición Monet (1986) en el antiguo Museo de Arte Contemporáneo, la babilónica de Velázquez (1990, Prado) o la de Goya (1996, Prado) programada con ocasión de su 250º aniversario.

La furia de museos —*gallery rage*— es, sin duda, uno de los efectos colaterales del acceso democrático y masivo a la cultura en la época del esplendor (global) de la industria del entretenimiento. Los grandes museos también se esfuerzan a su manera en ofrecer "contenidos" novedosos, lo que les reporta beneficios antes impensables (entradas, catálogos, reproducciones, *merchandising,* etcétera). Claro que muchos de ellos —fundados en épocas anteriores a que se manifestara el orteguiano "hecho de la aglomeración"— resultan ámbitos no muy adecuados para la expectación que producen sus faraónicas ofertas.

El asunto de la furia de los museos ha vuelto a suscitarse en Reino Unido con motivo de una exposición que, según las previsiones, pulverizará todos los récords. Seis meses antes de su inauguración (el 9 de noviembre) la National Gallery ha comenzado a vender entradas (adultos: 16 libras, unos 18,2 euros) para *Leonardo da Vinci: Painter at the Court of Milan,* que exhibirá pinturas y dibujos de la época en que el artista del Renacimiento (y hoy icono pop) trabajó para Ludovico Sforza. La expectación es tan enorme, y el temor al poder disuasorio de la *gallery rage* tan intenso, que el museo ha decidido recortar de 230 a 180 el número de visitantes que podrán acceder a la muestra ¡cada media hora! Se recomienda reservar cuanto antes, y la prensa da consejos anticipados para conjurar el malhumor: acudir a horas insólitas o cuando haga mal tiempo (¡o haya manifestaciones o huelga de transportes!), rehuir las piezas más célebres, no recorrerla en orden, evitar los auriculares explicativos (que aglomeran a sus usuarios). Pero el consejo que más me gusta es el que exhorta a vestir una prenda muy visible "que le haga parecer alguien oficial": así evitará que la gente le empuje. En fin, *ars longa, vita brevis.* A lo mejor esta vez solo me compro el catálogo.

> Hace ya tiempo que el fenómeno de la muchedumbre ha llegado a los museos